



Question

Periodismo / Comunicación
ISSN 1669-6581

Esta obra está bajo una
Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-Compartir Igual
4.0 Internacional



Confinamientos y temporalidades. Experiencias del tiempo durante el
aislamiento obligatorio por el Covid-19

Javier Cristiano

Question/Cuestión, Nro.67, Vol.2, diciembre 2020

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

IICom - FPyCS - UNLP.

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e427>

Confinamientos y temporalidades. Experiencias del tiempo durante el aislamiento obligatorio por el Covid-19

**Confinements and temporalities. Time experiences during Covid-19
mandatory isolation**

Javier Cristiano

Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad

Unidad Ejecutora del CONICET

Facultad de Ciencias Sociales

Universidad Nacional de Córdoba

Argentina

javier.cristiano.m@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0001-5731-7269>

Resumen

El artículo presenta los primeros resultados de una investigación exploratoria acerca del modo en que el aislamiento obligatorio por el Covid-19 afectó los usos y las experiencias del tiempo. El supuesto central es que el detenimiento súbito de millones de rutinas, y el confinamiento de buena parte de las actividades al ámbito doméstico, ofrecieron una ocasión inédita para dilucidar tanto aspectos corrientes de la experiencia temporal como aspectos específicos de esta situación en particular. El trabajo se basa en entrevistas realizadas en la ciudad de Córdoba entre fines de abril y fines de mayo de 2020, cuando el Aislamiento Social Obligatorio atravesaba el segundo de sus casi tres meses de duración plena. Se exponen primero los lineamientos conceptuales y metodológicos, se presentan luego los principales resultados y se elaboran, en las conclusiones, algunas implicancias teóricas.

Palabras clave

Covid-19; Aislamiento; tiempo; rutinas.

Abstract

This article presents initial results of an exploratory investigation into how Covid-19 mandatory isolation affected uses and experiences of time. The central assumption is that the sudden stop of millions of routines, and the confinement of a substantial part of the activities to the domestic realm, offered an unprecedented opportunity to elucidate both current aspects of the temporal experience and specific aspects of this particular situation. The work is based on interviews carried out in the city of Córdoba between the end of April and the

end of May 2020, when Mandatory Social Isolation was going through the second of its almost three months of full duration. After exposing conceptual and methodological guidelines, the main results are presented and the conclusions sum up some theoretical implications.

Keywords

Covid-19; Isolation; Time; Routines.

Introducción

El aislamiento obligatorio impuesto por muchos gobiernos como estrategia de contención del Covid-19 representó una ocasión inédita para estudiar el modo en que nos relacionamos con el tiempo. A la manera de un gigantesco experimento de ruptura (Garfinkel, 2006, p. 69 y siguientes), el detenimiento súbito y masivo de las rutinas de millones de personas ofreció un laboratorio espontáneo para estimar por contraste la habitualidad de las formas de experimentar el tiempo y de hacer en y con el tiempo. Pero si es difícil imaginar un escenario más atractivo para los intereses de una sociología del tiempo, es igualmente difícil imaginar uno más complejo de abordar, por lo gigantesco de su escala, por su carácter inédito y por las insalvables limitaciones metodológicas que el propio aislamiento impuso a la investigación. En este marco, este artículo es resultado de una acotada investigación exploratoria, realizada mediante entrevistas semiestructuradas en la ciudad de Córdoba (Argentina), entre fines de abril y fines de mayo de 2020. La cuarentena argentina empezó el 19 de marzo y afectó de manera diferente a provincias y regiones, desde unas que virtualmente no tuvieron confinamiento hasta otras que, como el Área Metropolitana de Buenos Aires, permanecen en ese estado

al momento de redactar este trabajo (mediados de julio). En el caso de Córdoba la cuarentena fue estricta hasta los primeros días de junio, empezando a flexibilizarse desde entonces en un proceso gradual y por el momento sin retrocesos. El radio geográfico de nuestro análisis abarca por lo tanto un ámbito en que el confinamiento pleno duró algo más de dos meses, y se realizó en un momento que puede considerarse estratégico, ni al comienzo del proceso ni después de comenzada la flexibilización.

Las preguntas de la entrevista fueron deliberadamente genéricas, a tono con el carácter exploratorio de la investigación (1); se resumen en una pregunta comparativa, referida al antes y al después, pero que busca identificar no sólo los eventuales cambios en la experiencia temporal, sino aspectos más estructurales de esa experiencia como tal, más allá de las condiciones específicas objeto de análisis. Siguiendo con la imagen garfinkeliana, las situaciones de ruptura nos hablan tanto de lo que los agentes hacen con ellas como de lo que hacen habitualmente, cuando esas circunstancias no se han presentado. Aún en lo acotado de su alcance, el trabajo permite identificar algunas dimensiones y algunos efectos de la situación de aislamiento, pero también otros que forman parte de la relación con el tiempo en general, y que salen a la luz en la excepcionalidad.

La exposición comienza con mínimas precisiones teóricas y metodológicas y continúa luego con los principales resultados. Las conclusiones sacan partido teórico del análisis y puntualizan aspectos de interés para nuevas indagaciones.

Cuestiones teóricas y metodológicas

A los fines de no obturar la novedad del fenómeno enmarcamos la investigación en referencias teóricas muy generales y casi incontrovertibles, dejando de lado elaboraciones que pueden ser necesarias para circunstancias e indagaciones más afianzadas (2). En primer lugar subrayamos la evidencia de que la eventual relación entre confinamiento y experiencia del tiempo no es lineal, sino que está mediada por variables identitarias, biográficas, de clase, domésticas, laborales, de género, tecnológicas, generacionales y muchas otras. Tampoco puede interpretarse como una relación causal inmediata sino como un proceso, y no es tampoco una confluencia de agentes y condiciones fuera de la historia: supone la historia social de cada actor, y en consecuencia el set de disposiciones que lo constituyen en tanto agente (Bourdieu, 2007; Lahire, 2004).

En cuanto a la experiencia del tiempo y la relación con el tiempo, partimos del supuesto de que se trata de un conjunto heterogéneo de fenómenos, encerrados sólo por convención en esas expresiones. Sin intención de exhaustividad, abarcamos con ellas inicialmente: (i) la distribución del tiempo en relación a las actividades; (ii) la experiencia genérica del transcurrir, de la duración y de la mutación; (iii) las distintas formas de experimentar el pasado y de representarse el futuro, tanto individual como colectivo; (iv) las relaciones prácticas con el tiempo en términos de acción: el proyectar como forma de relación con el futuro. Estos elementos forman parte de la noción de tiempo social, acuñada inicialmente por Durkheim y desarrollada ampliamente en estudios posteriores (Valencia García, 2007); no la evocamos no obstante más que como parámetro general para el diseño de las preguntas.

Por último, en cuanto a los lineamientos teóricos, subrayamos que, tratándose de un confinamiento, cualquier relación con el tiempo está estrechamente unida a relaciones con el espacio, de modo que la separación entre ambas cosas sólo puede hacerse analíticamente.

Desde el punto de vista metodológico, la investigación consistió en 12 entrevistas semiestructuradas, realizadas a personas de la mayor diversidad posible dentro de nuestro alcance en cuanto a las variables mediadoras mencionadas previamente. El número y lo que alcanzamos a abarcar vino impuesto por las condiciones de aislamiento propias, por lo que no tuvimos más remedio que construir el corpus con personas ya accesibles a nosotros de manera directa o indirecta. No se pretende por lo tanto que los/as entrevistados/as sean representativos de una diversidad imposible de abarcar en estas condiciones, sino que sean lo más diversos posibles dentro de lo que resultó accesible. Hubo también una cuestión de tiempo que impuso restricciones: las medidas de aislamiento fueron renovándose cada quince días, por lo que tuvimos que resolver con la mayor premura posible la confección y realización de las entrevistas. En cuanto a las características concretas de los/las entrevistados/as, son 6 mujeres y 6 varones, abarcando homogéneamente edades comprendidas entre los 22 y los 65 años, con grupos domésticos de convivencia que van desde la vida en pareja hasta familias de ocho integrantes, cuya escala desde el punto de vista socioeconómico abarca desde un empresario Pyme hasta una desempleada residente en un barrio vulnerable, y con espacios físicos de aislamiento que cubren desde una vivienda precaria hasta una residencia de quinientos metros cuadrados en un country del Gran Córdoba.

La técnica de la entrevista produce discursos que remiten a fragmentos del fenómeno singularmente complejo que analizamos. Ello significa que la experiencia del tiempo es muchísimo más de lo que las entrevistas pueden captar, y también más de lo que se puede en general y pueden los entrevistados en particular poner en discurso. Desde este punto de vista los resultados deben interpretarse como indicios de algo cuya captura sistemática requiere la cooperación de otras herramientas.

Tiempo para entender

La cuarentena activa un aspecto primario de la experiencia del tiempo, que consiste en identificar algo como etapa o momento dentro de una secuencia, como cuando se habla de “mi niñez”, “la época de Los Beatles” o “los tiempos del primer peronismo”. La forma de vivenciar su contenido es lo vamos a analizar en los próximos apartados, pero la experiencia misma de la cuarentena como etapa parece repetir una lógica: la de la incompreensión inicial, acompañada de prácticas retrospectivamente vividas como incongruentes con la nueva situación, seguida de una paulatina consciencia de estar en algo distinto de lo conocido, a lo que sigue un esfuerzo de adaptación.

Luis, uno de nuestros entrevistados, describe con la metáfora del entretiem po de un partido su experiencia inicial del confinamiento:

“... [Tenía] la misma sensación del minuto que pide el técnico en el básquet y el entretiem po en el fútbol: vamos, charlamos algo... y sigue, y sigue como estaba, sigue desarrollándose como lo previsto. Entonces yo tenía una sensación de decir: pidieron minuto, me voy al banco... escucharé algunas cosas, algunas cosas tendré que cambiar de alguna manera... pero para volver

al partido... ¿Qué día? De acá a quince días. Entonces había... uno tenía la sensación de que (...) todo sigue como está...”

Una sensación que, a la mitad de la primera prórroga de la cuarentena (algo más de veinte días), se convirtió para él en un “caer la ficha” de que “ah, no es así”, y empezar a trazar “un cierto mapa hacia adelante en el que la actividad afuera de relacionamiento ya no jugaba”, y en donde el “hasta cuándo dura” se convierte en una incertidumbre con la que empieza “a amigarse”.

El desajuste inicial tiene distintos tonos emocionales, desde un cierto beneplácito ante la expectativa de que “me va a sobrar el tiempo” hasta un “bajón anímico” producto de los riesgos económicos vinculados a la pandemia e incluso el pánico por el miedo a contagiarse. Tiene también en algunos casos cierta connotación normativa (“al principio era un desastre: los horarios, las comidas...”; “había muchos desarreglos”), tema al que volveremos más adelante. Pero en casi todos los casos se describe luego un esfuerzo, a veces muy importante, de reacomodarse y organizar una nueva rutina, que se considera más acorde a la nueva situación.

“... y al final empezar a pensar: bueno, hay que ponerse a tono con todo esto, los chicos tienen que seguir la escuela... y yo no sé, organizarme un poco mejor... porque esto parece que va para largo”

El “va para largo” señala el otro rasgo recurrente de las entrevistas en la fijación de la cuarentena como etapa: la experiencia, en general asociada a sentimientos negativos (ansiedad, angustia), de no saber cuándo va a terminar. A la que se suman cambios de posicionamiento emocional frente a la nueva

realidad, que no siguen una secuencia común (por ejemplo, de la tranquilidad a la inquietud) pero que son recurrentes y pueden tomarse como indicio del carácter procesual de la cuarentena y su producción acumulativa de efectos subjetivos.

La experiencia del contraste

Con todo, es evidente que la singularidad percibida de la cuarentena depende, entre otras variables, del grado de contraste entre la vida previa y la vida en confinamiento. *Ceteris paribus*, la extrañeza y el desconcierto son mayores cuanto más profundo es el contraste vivido, y a la inversa.

Así, entre nuestras entrevistadas hay dos que, a pesar de ocupar posiciones opuestas en la estructura social, tienen condiciones tales que la cuarentena deja casi intocadas sus rutinas. La primera es Martina, una joven profesional independiente, viviendo en pareja y sin hijos, que ocupa la mayor parte de su tiempo en un trabajo que disfruta mucho y en el que centra el grueso de sus energías vitales. Habitualmente lo hace en una oficina que trasladó con mobiliario incluido a su casa, donde hace virtualmente lo mismo con excepción de unas pocas reuniones, convertidas ahora en teleconferencias. La centralidad que asigna a su trabajo, la cantidad de horas que le dedica, y la coincidencia casi exacta entre su actividad actual y la de antes, hace que su rutina tenga cambios menores, que incluso le cuesta enumerar cuando se le preguntan expresamente.

En el otro polo tenemos a Tamara, una joven de 24 años, que vive en un barrio extremadamente vulnerable de Córdoba con otros seis hermanos y sus padres. Desde que terminó el secundario Tamara ha tenido un solo trabajo estable, hace cinco años aproximadamente, por lo que sus actividades son domésticas

en una familia en donde la madre y el padre son también desempleados de larga duración y en donde los dos hermanos mayores con empleo son, casualmente, de los servicios llamados “esenciales”, no afectados por la cuarentena. Su día a día no cambió por lo tanto en lo esencial, pero Tamara agrega algo más:

“Lo que es la cuarentena, en la zona de estos barrios... es como que no se respeta para nada, digamos (...) que viven de la misma forma que vivían antes. En esta zona de acá no se respeta para nada la cuarentena (...) Los fines de semana siempre hay fiestas, siempre hay juntadas familiares, cumpleaños (...) Y no hay temor de nada, porque ha habido algunos rumores de algunos casos, pero sin embargo la vida sigue igual. Hay chicos jugando en la calle, chicos andando en bicicleta como si nada fuera (...) Y con respecto a los controles de la policía, en estos barrios no anda nunca la policía, así que imposible que hagan cumplir la cuarentena...”

No sólo hay pocos cambios adentro sino también afuera, en un barrio en donde, puede presumirse, la relación con la salud, la enfermedad y la muerte no es la misma que en contextos más integrados y en donde la presencia del Estado, incluso en su lado represivo, fundamental en la experiencia de la cuarentena (salir me expone a sanciones), es también intermitente o nula.

En el lado opuesto de estas cuarentenas casi desapercibidas tenemos los casos de Alejandra, empleada doméstica, y de Marcos, empleado técnico de una empresa informática. Sus casos coinciden en una cotidianeidad centrada en la vida fuera de la casa, en su trabajo de 9 a 17 en el caso de Alejandra, y después dos horas en un gimnasio “que es mucho más que un gimnasio, es mi

lugar de encuentro con amigas, con gente”, y en su trabajo y luego en actividades deportivas con amigos, en el caso de Marcos. Ambos describen su cuarentena en términos pesadamente negativos, un “ir al patio a ver qué puedo inventar” o un puro y simple aburrimiento que se llena “buscando algo”, para “distrayese mientras tanto”.

La mayoría de las situaciones son intermedias entre estas dos y desde luego que hay muchos otros aspectos determinantes de la experiencia misma del contraste, que a su vez puede estar más o menos alejada de lo que podría ser el contraste “objetivo”. Lo que muestran las entrevistas en todo caso es que la idea espontánea de que la cuarentena supone un cambio radical de condiciones y experiencias debe matizarse, en la medida en que no es un fenómeno homogéneo ni en contenido ni en intensidad.

Contraste y reflexión

Uno de los lugares comunes de muchos discursos sobre la cuarentena afirma que el hecho de tener tiempo propicia un estado de reflexión del que pueden emerger distintos tipos de cambio subjetivo (3). Amén del hecho de que “tener tiempo” es algo también relativo si se plantea como generalización, y bastante complejo en términos de experiencia, como veremos luego, lo que observamos en nuestras entrevistas es que la reflexión, en tanto revisión crítica de la vida pre-cuarentena, es una actitud dispersa que no parece depender ni de la magnitud del contraste vivido, ni del tipo de variables que tratamos de equilibrar en la elección de los entrevistados (posición social, tipos de trabajo, conformación del grupo doméstico), ni tampoco por cierto del hecho de disponer de más o menos tiempo. Lo más probable, aunque la investigación no alcanza para afirmarlo, es que un tipo de relación con la vida previa (por

ejemplo, un malestar latente), combinado con cierto tipo de disposiciones (por ejemplo, una disposición introspectiva o de autoanálisis) produzca en las circunstancias del confinamiento una reorganización del sentido de aspectos también selectivos de la vida anterior. Pero en general la reflexividad explícita se limita en nuestras entrevistas a la revisión de planes concretos que al parecer se asumían sin mucha convicción (“¿realmente quería hacer ese curso?”) o a frases de ocasión, que parecen deber más a tópicos dominantes que a efectivas revisiones de prácticas y modos de vida previos (“me di cuenta de que prefiero ganar menos y tener más tiempo para mí y para mis hijos”; “es importante aprender a encontrarse con uno mismo, crecer desde ahí...”).

Es en los casos en que sí constatamos una vuelta reflexiva explícita donde puede vislumbrarse las condiciones de posibilidad que acabamos de mencionar:

“... esta situación te pone también frente a ese desafío, y a esa evidencia, de que la familia no es solo una boca que alimentar o una tarea que realizar... sino algo más... (...) Esta situación también nos fuerza, nos invita, a repensar también los vínculos familiares, a no hacernos los giles con eso, estamos quince horas afuera en casa, llegamos.... bueno, más o menos... ahora nos pone frente a un vínculo que es todo el día todos los días, y bueno, requiere cierta atención, otra energía... Entonces... para mí es un desafío, que yo lo sentía más como un deuda, la relación familiar, la relación con el hogar, para mí era una deuda, una cosa a trabajar que en este contexto está poniendo mucho más claro...”

“... me pasó algo muy raro, y estoy muy sorprendida. Porque en realidad yo sentía que tenía que sostener un montón de cosas en este 2020. A nivel

laboral, personal, económico y qué se yo. Y que tenía que cumplir con un montón de cosas (...) Y cuando se vino todo esto... ¿sabés qué? Hasta estoy tomando decisiones con las cuales estoy muy contenta. Hay un trabajo que no quiero tener más... ¡y que no voy a tener más!. Porque me di cuenta con esto de no estar yendo que me pesaba más de lo que yo creía que me pesaba.... Digamos que para mí ha sido, en este sentido, algo que me ha permitido resolver cosas que si no las venía arrastrando (...) Darle una dimensión a cosas que yo me daba cuenta pero un poco... las tenía tapaditas... *bueno, me la aguanto, estoy en esto, tengo que sostener...* estaba en esa inercia. Ahora esto me permitió ver que otro mundo es posible, se puede vivir de otra manera... ¿por qué no?...”

En estos fragmentos se puede identificar por un lado una situación previa de malestar (“lo sentía más como una deuda”; había cosas “que me pesaban” y que “venía arrastrando”) y hay un aspecto concreto del confinamiento que aparentemente rompe con la inercia de la etapa anterior (el vínculo familiar “es todo el día todos los días”; “esto de no estar yendo” al trabajo). Y aunque no hay pruebas de que en estos casos exista una disposición introspectiva, es evidente que no todo agente en las mismas condiciones producirá este tipo de discurso.

La vuelta reflexiva sobre la vida previa abarca más excepcionalmente la cuestión misma del tiempo, lo que es importante también en relación a un tópico de algunos análisis, según el cual el tiempo se ha vuelto objeto de atención precisamente por el vacío que produce el aislamiento. En este punto hay que subrayar la limitación metodológica que planteamos al principio, a saber, que el discurso referido al tiempo abarca una pequeña parte de algo

mucho más complejo que es la experiencia temporal, a lo que agregaríamos ahora que la reflexión sobre el tiempo es todavía un aspecto parcial de esa misma dimensión discursiva. En lo que sería por lo tanto nada más que un indicio , encontramos afirmaciones como las que siguen, en donde efectivamente se plantea un contraste que permite revisar aspectos específicamente temporales de la vida anterior:

“... era espectacular tener todo este tiempo, porque antes no lo tenía. Era... ¡guau!... yo siempre decía... creo que necesitaba este parate. Yo si bien soy una mujer muy acelerada, me di cuenta en este tiempo que mi vida era muy acelerada, me di cuenta de que... no disfrutaba ciertas cosas que hoy las disfruto, porque quizás le daba prioridad a ciertas cosas que para mí eran importantes y dejaba capaz otras cosas, pero bueno, porque mi vida era así acelerada, era hacer una cosa, hacer otra...”

“... yo sentía que el tiempo estaba muy acelerado, más para todas las personas que me rodeaban que para mí misma. Y cuando el tiempo está muy acelerado para todos es como que te quedás en el andén, porque todos van ligero para otro lado. Parece que están pero no están. Es como una cosa muy rara esa... ¿Y qué vino a hacer el confinamiento? Detuvo el tiempo. Para los que iban corriendo, para los que iban caminando, para los que iban gateando, o para los que estaban parados... esa sensación tuve yo. Y cuando se detiene el tiempo es como si se abriera un espacio, en donde hay desencuentros, hay encuentros, hay un vacíos, hay contenido... Pero hay una cosa subjetiva que se abre. Que no se bien qué es ni adonde nos lleva. Pero yo muchas veces siento eso... ¿Y ahora? ¿Y ahora qué?...”

Más allá de esa superficie hay sí varios indicios en las entrevistas de lo que podríamos describir como incomodidades temporales, sea de la vida en cuarentena o sea de la vida previa: la incertidumbre respecto de la duración de la pandemia, el aburrimiento que produce el confinamiento, el hastío de las pantallas (“en un momento digo basta, no quiero más”), el vivir apurado “y sin pensar en las cosas”, el “no tener tiempo para lo que me gusta hacer”, el naturalizar la experiencia de “estar encerrado tantas horas” en el trabajo, etcétera. Estas incomodidades, a las que podríamos sumar muchas que no están en las entrevistas (la espera en relación al presente, el lamento o la nostalgia en relación con el pasado, el miedo en relación con el futuro) pueden considerarse otra posible condición de la reflexión, ni necesaria ni suficiente pero, posiblemente, propiciatoria.

La descomposición de los sistemas de tiempo/lugar

Al principio dijimos que desde el punto de vista teórico aislábamos la cuestión del tiempo pero advirtiendo que no es separable de la del espacio. Fueron las propias entrevistas las que pusieron en el centro esta cuestión, marcando de nuevo el contraste entre algunas actividades que se hacen en la cuarentena respecto a “las mismas” en las condiciones anteriores. Damián, estudiante universitario, describe esta distancia por lo que respecta a su actividad en la universidad y a su prolongación en actividades culturales. A diferencia de las clases en el aula, en las que tiene que asistir “con todo el cuerpo”, atendiendo desde cómo está vestido hasta el modo en que da cuenta de su interés o desinterés por la clase y por el docente, las clases que le llegan desde el aula virtual tienen una mínima instancia presencial, en las que el compromiso es

mucho menor, y una buena parte de material queda disponible para escucharlo o verlo con total flexibilidad de horarios. Esto implica que escucha la clase veinte minutos y cinco minutos atiende una huerta que tiene en el patio, pero implica sobre todo que está allí de una forma tenue que casi lo libera de todo compromiso. Algo parecido ocurre con las películas: solía verlas seguido en los cine clubes del centro, junto con compañeros y compañeras de la facultad, y las sigue viendo ahora en su computadora, a una hora parecida, quizás con regularidad similar. Sin embargo, dice que nunca está “tan relajado ni tan inmerso en el tiempo libre como podía estar en esa hora que iba al cine club”, porque le falta la experiencia del corte entre el aula, que ahora es su propia casa, y la pantalla, que ahora es la misma en la que sigue sus clases.

Parecidas descripciones se repiten en otras entrevistas, llegando uno de los entrevistados a profundizar en las implicancias de esa experiencia:

“... yo soy el que está dentro de casa, pero cada vez más conscientemente me digo: yo también soy el que está fuera de casa (...); al estar dentro de casa no soy un yo completo”

La experiencia se carga además de sensaciones muy variadas, desde el gusto por la flexibilidad que implica (“le estoy agarrando el gustito a estar en casa”) hasta el malestar y el agobio (“llega un momento en que estoy harta de la pantalla, ya está, no quiero más”).

Lo que estas experiencias señalan puede describirse apelando a la idea de sistemas de tiempo/lugar: una de las formas de la experiencia del tiempo es la que asocia el tiempo a procesos sociales estructurados que combinan, justamente, tiempos con espacios específicos. Para ser más precisos se puede

apelar a la noción de marcos de la experiencia de Goffman (2006), que alude a los regímenes de tiempo y lugar sumados a actores y roles específicos, normas, expectativas, presupuestos y sobreentendidos particulares. Son justamente esos marcos y su dimensión temporal los que faltan cuando la actividades de realizan en confinamiento, y es toda la estructura “clase” o “cine” la que se desdibuja en la vida doméstica. No ha sido nuestro objetivo indagar en las implicancias de este fenómeno pero es fácil advertir que son importantes no sólo teórica sino políticamente, pues involucran todo lo que concierne a la sociabilidad en co-presencia y todo lo que conlleva la tendencia a su mediación tecnológica.

“¿Qué es un fin de semana?”. La privatización del tiempo

Al preguntársele sobre el tiempo libre, tema que abordaremos más abajo, una de nuestras entrevistadas inició su respuesta de la siguiente manera:

“... sí, a los fines de cómo uno estructura su existencia siguen existiendo lunes, martes, miércoles y fines de semana, pero hoy... ¿qué es el fin de semana? A lo mejor yo, en mi realidad, te podría decir que podría hablar de semanas con niños y sin niños (...) ¿Podemos decir que existe hoy un tiempo libre de fin de semana? El fin de semana qué hacés... *ah, sí, salgo al parque. Los llevo a los chicos a la plaza. Los domingos me junto con el viejo y la vieja a comer los ravioles, o con las amigas...* Es como pretender... es un desplazamiento que no se condice con lo que hoy vivimos (...) Tiene que ver con una estructuración que hoy no existe...”

La “estructuración que hoy no existe” es la del tiempo público, que puede oponerse al tiempo doméstico o privado (Zerubavel, 2009). La experiencia habitual del tiempo es la de un trabajo constante de coordinación entre ambos. Es lo que hacemos cuando cumplimos horarios de trabajo o de escuela, que suponen encuentros sincronizados con otros; es lo que hacemos más ampliamente cuando agendamos y planificamos usando el reloj o el almanaque como parámetros; y es también lo que hacemos cuando participamos de las significaciones asociadas colectivamente a fechas, horarios o momentos del año (dificultad de trabajar cuando “todos los demás” están de fiesta, etcétera). Es justamente ese tiempo público el que, al igual que los sistemas de tiempo y lugar, se desestructura y pierde importancia relativa, aunque obviamente no desaparece. De ahí que el fin de semana ya no sea lo que era, justamente porque está asociado a prácticas y sentidos que suponen coordinación y comunidad de sentidos con otros. Y de ahí que el tiempo que emerge sea uno tendencialmente privado, pautado por la sincronización de las vidas domésticas: tiempo de estar con o sin chicos una madre separada o, en otras entrevistas, tiempo autoorganizado de trabajo y de actividad física, o tiempo pautado en torno a la persona de la casa que sigue trabajando normalmente, y por ende participa del tiempo público.

El fenómeno de la indiferenciación relativa de los días y las horas es una recurrencia en las entrevistas, aun cuando no se explicita, como en la cita anterior, su razón de fondo. Son comunes las referencias a un día que transcurre más o menos de la misma forma (“y a la tarde es más o menos lo mismo; no nos hemos propuesto ni siquiera ponerle [un] fin a la jornada laboral”), a la confusión tendencial de los días de semana y los fines de semana (“ese sería más o menos un día común... y de lunes a lunes”), a la

laxitud de los horarios (“todo el día se corrió para adelante: nos acostamos re tarde, nos levantamos tarde...”) y a cierta improvisación en cuanto a qué ir haciendo “para pasar el día” (“recién a las doce empezamos a pensar qué vamos a comer” -a diferencia de la organización previa en donde la coordinación con el tiempo público requería planificación).

El tono emocional que acompaña esta privatización del tiempo tampoco es homogéneo, pero una escucha atenta de las entrevistas deja entrever esos sentimientos negativos que mencionamos antes, de agotamiento, aburrimiento y similares. En un solo caso el sentimiento se hace explícito y se argumenta precisamente como producto de la falta de contraste entre un tiempo público de trabajo y un tiempo privado de disfrute:

“Antes [al comienzo de la cuarentena] (...) hacía más cosas, habíamos empezado a pintar, y hacer más cosas en la casa... y ahora no tengo ganas... no tengo más ganas de nada... (...). Es así... antes sí, había más predisposición... ahora ya como que... O por ejemplo antes hacíamos asado y era lindo abrir una cervecita, hacer el asado, tomar un vino... como yo todos los fines de semana disfruto acá, y ahora ya es como que ... eso se los comentaba a mis compañeros y amigos: ya como que perdió sentido incluso hacer un asado acá en el quincho y tomarme un vino... antes estaba todo el fin de semana como esperando ese momento. Y ahora lo puedo hacer si yo quiero cualquier día... Y entonces como que ya dejó de ser algo especial, para pasar a ser algo habitual...”

Bajo el supuesto de que no se trata sin duda de algo lineal, sería menester profundizar en las implicancias subjetivas del desdibujamiento del tiempo

público, como hecho que la cuarentena produce de golpe y masivamente pero también como hecho tendencial en sociedades propensas a la privatización y a la domesticización. Lo que puede decirse a priori es que el desdibujamiento será siempre relativo, pues la sola existencia de las horas y del almanaque suponen su permanencia; que no puede nunca ser homogéneo, pues depende tanto de la implicación previa de cada quien en el tiempo público, como de las formas en que se perciba y de las catexias que ponga en ello; y que sus efectos no son causales sino procesuales, como muestra la cita anterior (“al principio ... y ahora”).

El largo brazo de las normas

La idea de un tiempo confinado y reducido a lo privado sugiere espontáneamente la de un relajamiento normativo, puntualmente, en lo que nos interesa, de la normatividad que acompaña al uso del tiempo. Ello es así en alguna medida y respecto de ciertas normas (de nuevo: casa caso, y cada casa, es un mundo), pero una de las insistencias de las entrevistas, llamativa en la medida en que no fue buscada, es la de la presencia de las normas. Basta pensar unos segundos para entender la razón, a saber: que las normas no se limitan a una coacción que depende de la mirada de otros externos sino que son, sobre todo, internalización.

Tres son los tipos de normas que aparecen con recurrencia en nuestros discursos: las referidas específicamente al tiempo y al buen uso del tiempo; las referidas al contenido concreto que se supone implica ese bueno uso; y un subtipo quizás del segundo, que se refiere a lo que debiera ser una buena respuesta actitudinal a las exigencias del propio confinamiento.

En cuanto al primer tipo, se reitera la idea de “tratar de levantarse temprano”, a pesar de no ser formalmente obligatorio, o de “mantener una rutina”, aunque no haya nada externo que la imponga. Aparece también la idea de “ser productivo”, de “aprovechar el tiempo”, y la idea de organizarlo de manera adecuada incluido, en una de las entrevistas, el disciplinarse para “dejar de trabajar” y “hacer también otras cosas”. Las normas del segundo tipo son muy variadas: abarcan el cumplir con obligaciones laborales o de estudio, mantener un orden doméstico asociado a la salud (comer y dormir a horario), estar atento al teléfono y a las noticias para “mantenerse en contacto” o “informado”, o por el contrario, “desconectarse porque hace mal”, anticiparse a los efectos económicos de la pandemia buscando nuevos medios de vida, más una amplia categoría de normas referidas al vínculo familiar: desde acompañar a los niños en sus tareas o ayudarlos en transitar su confinamiento “sin tantas pantallas”, hasta cierta referencia a la justicia en la distribución de las tareas domésticas (en uno de los entrevistados varones, la mujer sigue trabajando por lo que él considera que “le toca” “ayudar” en las tareas domésticas). En cuanto al tercer tipo, aparecen ideas como la obligación de “no perder de vista los objetivos” que se habían trazado, “superar el miedo” a contagiarse, “aprender a encontrar nuevos estímulos”, etcétera.

El hecho de que en la entrevista no se haya preguntado sobre el deber ser da crédito a lo genuino, por espontáneo, de estas referencias, pero no puede dejar de pensarse en la situación de entrevista como una instancia ella misma de control normativo, por sutil que pueda ser. En cualquier caso la conexión de las normas con la experiencia del tiempo abarca mucho más que lo anterior y se conecta con la desestructuración de los tiempo/lugares y con la privatización,

de maneras que debieran indagarse mejor. Retomamos el tema en las conclusiones.

Resincronizar: el nuevo tiempo doméstico

El énfasis en el tiempo intramuros supone una reorganización de los tiempos domésticos, que implica en mayor o menor medida, siempre que convivan al menos dos, algún tipo de sincronización. También en esta experiencia es fundamental el antes y el después, la magnitud del cambio implicado por la cuarentena. En el caso ya mencionado de Martina, que es profesional independiente y convive con su pareja, casi no fueron necesarias modificaciones, pues su compañero ha seguido trabajando como antes, muchas horas al día y fuera de casa, por lo que la coordinación previa no se ha afectado. Muy diferente es el caso de Luis, que describe en estos términos su situación actual:

“Así que el día hoy es de una organización, la verdad, bastante tirante, en la negociación de los tiempos, dado que aquellas cosas que nosotros en la pre cuarentena hacíamos de manera simultánea, como era el trabajo de Lorena, el trabajo mío y la escuela de Pedro, ahora hay que hacerlas de manera secuencial. Con lo cual antes había (para los tres), tres veinticuatro horas, tres [días] de veinticuatro horas... y ahora hay un solo [día] de veinticuatro horas en los cuales tenemos que caber los tres... a lo sumo puede haber dos, pero más de dos no (...) Todo tiene que ser de una manera más precisa y más exacta... porque decimos... *nos levantarnos a las siete de la mañana para que rinda tal cosa...* bueno, si uno de los dos se levanta en vez de a las siete a las ocho, ya cambia mucho... El hecho también de la comida. Estaba resuelta, en el caso de

Pedro, en el colegio de Pedro, en el caso de Lorena estaba resuelto en su trabajo... yo a la salida de mi trabajo (...) Ahora la comida es hacer de comer. Y eso implica una reproducción... hacer las compras... que en el caso de la pandemia también es distinto, no es que te levantas y vas a comprar... es una reproducción distinta, hacemos una compra por semana... Entonces también el ritual de la comida, que está bueno, necesita también un tiempo... que antes estaba previsto... Y entonces eso incide mucho en la vivencia del tiempo, no solamente por una cuestión de medición cronológica, si uno tomara una regla y midiera... sino energética. Una cosa es que yo diga dispongo de las cuatro primeras horas de la mañana para trabajar (...) y otra cosa es decir: yo voy a disponer de las cuatro horas mías después de las siete de la tarde... la energía no es la misma”.

Lo que con mucha precisión describe este fragmento es un cambio desfavorable, de una coordinación intrafamiliar que dejaba “horas mías” a una que las reduce o las hace depender de una sincronización “tirante”, término que sugiere lo que un momento después se hace explícito: el potencial conflictivo de la nueva situación, y la necesidad de negociación y nuevos acuerdos:

“... creo que recién ahora, hace un par de días, después de haber transcurrido cuarenta días de cuarentena (...) planteamos específicamente cómo... qué hacemos con eso”

Una situación virtualmente opuesta es la de Paula, en donde el confinamiento parece haber aliviado una rutina finísimamente diseñada, que implicaba muchas actividades de los cuatro miembros de la familia (ella, su marido y sus

dos hijos) y desplazamientos permanentes y cronometrados que implicaban incluso a otras familias (el “pull de padres” para llevar y traer a los niños). Ahora el día transcurre más armoniosamente, sin signos de tensiones pero con una identificación clara de las condiciones que lo hacen posible:

“Y después la compatibilidad con Alberto, mi compañero, es total, porque el tipo de trabajo que hacemos... él trabaja sobre todo a la mañana, entonces se toma el tiempo para el sostenimiento del hogar, digamos... yo me encargo de la limpieza, pero bueno, él se encarga la mayoría de las veces de la cocina, de las compras y de todas esas cuestiones... en general es él es el que va flexibilizando sus actividades laborales para poder yo completar lo mío (...) y no hay mayores inconvenientes”

La indagación de la sincronización intrafamiliar tiene muchas otras aristas pero podemos quedarnos con los factores que evidencian estos dos casos. Primero, que la sincronización o desincronización depende primordialmente de las aspiraciones respecto del tiempo. Así como Luis quiere un “tiempo mío” cuya carencia produce la tirantez, Pedro, otro de nuestros entrevistados, disfruta y desea el tiempo de cuidar a sus hijos y jugar con ellos, algo que desde otro punto de vista podría considerarse una tarea sobre la que no tiene opción (su mujer sigue trabajando). Segundo, puede haber más o menos consciencia respecto de esos deseos y respecto del malestar que implica su insatisfacción. Luis dice que recién a los cuarenta días de cuarentena el tema se puso sobre la mesa, lo que puede interpretarse como una consciencia paulatina del problema, que no tiene por qué producirse estando en juego algo tan delicado como aspiraciones y deseos. Tercero, la negociación de los tiempos, allí donde

es necesaria, puede tener distintos grados de explicitación como tal negociación: desde un intercambio explícito y argumentado hasta el acuerdo o desacuerdo tácito. Y cuarto, lo que nos lleva de nuevo a la cuestión de las normas, tanto las aspiraciones y deseos como las negociaciones y acuerdos suponen criterios de aceptabilidad y justicia. Dependiendo de qué tanto cambien las rutinas, el confinamiento contribuye a que todos estos factores se activen y dinamicen, para bien o para mal, la reestructuración de los vínculos en su costado temporal.

Tener tiempo libre; ser libre

Una de las zonas más ricas de los discursos recogidos se refiere al tiempo libre. En este caso sí la pregunta se hizo explícita, partiendo de lo que posiblemente sea en supuesto más inmediato en referencia al vínculo tiempo/cuarentena, a saber, la idea de que produce “más tiempo libre”. Los discursos matizan mucho esta idea, por empezar con la obviedad de que no necesariamente es así, y que la cuestión depende de numerosas condiciones tanto objetivas como subjetivas: la continuidad o no del trabajo en confinamiento, las características de ese trabajo y de las modalidades con que se realiza en cuarentena, la constitución del grupo doméstico, la combinación de actividades que cada integrante realiza, la presencia o no de niños pequeños y el tipo de vínculo que se tiene con ellos, entre muchas otras. Así, por ejemplo, Sebastián, que trabaja como empleado de una playa de estacionamiento, no sólo no está trabajando sino que se ahorra, en relación a su rutina previa, casi dos horas diarias de trayectos en auto, lo que sumado al hecho de que su esposa tampoco trabaja la misma cantidad de horas da como resultado un reparto mayor al habitual de los trabajos de cuidados (tienen un

bebé de un año y un pequeño de seis) y un tiempo disponible de varias horas que antes no tenía. En las antípodas Susana, que está separada y tiene dos hijos, ha continuado su trabajo docente, del que dice que no tiene idea cuánto tiempo le dedica pero al que siente que le ocupa simplemente “todo el día”, entre los agobios de la virtualidad y el aprendizaje de cómo hacerlo, en medio de las actividades escolares de sus hijos y una cantidad de tareas domésticas que, sin la empleada, le resultan como nunca antes abrumadoras (“el tema de la casa, de la limpieza... yo siempre supe que era mucho, pero nunca, nunca, lo viví como ahora...”).

Pero además de la evidencia de que no todos tienen más tiempo libre, se matiza la idea misma de tiempo “libre”. Sin haberlo preguntado expresamente, de los discursos se desprenden por lo menos cinco ideas asociadas al tiempo libre: la de un tiempo en el que se puede decidir qué hacer “sin consulta”, es decir, sin coordinar la decisión con nadie, lo que sugiere la idea de un hacer individual y eventualmente solitario, o por lo menos que no requiere anuencia de ningún otro; la de un tiempo en el que se ejecutan deseos y se lo hace de manera espontánea, no planificada (“... el tiempo libre es para mí un tiempo que tiene como vacíos, en el que uno se conecta con lo que tiene ganas en ese momento”); un tiempo privado, que puede tener incluso un componente secreto (uno de los entrevistados alude concretamente a sus sesiones de terapia, suspendidas porque en la casa no tiene condiciones para continuarlas vía teleconferencia); un tiempo “sobrante”, definido por contraste con las tareas respecto de las que no se tiene decisión o alternativa (desde la comida hasta el trabajo); y finalmente, un tiempo sin obligaciones de hacer algo en particular, “incluido -al decir de una de las entrevistadas- lo que se supone que se hace en el tiempo libre”. De este pequeño decálogo emerge la distinción más

sustantiva entre disponer de tiempo libre y ser libre, entre estar exento de actividades sobre las que no se tiene decisión, por un lado, y hacer del tiempo un uso autónomo, por otro. Desde este punto de vista la cuarentena efectivamente enfrenta, por lo menos a algunos/as entrevistados/as, y dependiendo de diversas circunstancias, al tipo de desafío que implica siempre la pregunta por el propio deseo:

“No sé qué hacer con... Antes no sabía lo que era tener tiempo libre, salvo el fin de semana. Ahora para mí todo el tiempo es tiempo libre, es levantarme y... para mí todo es tiempo libre. Y bueno, trato de hacer un poquito de cada cosa, con el tiempo que queda... o sea, todo el tiempo... fuera de los horarios de la comida, las cuatro comidas principales, lo demás es todo tiempo libre... Y bueno, es hacer cosas, disfrutar con la familia, con los que somos en la casa nomás... buscar la forma de distraerse...”

“... la sensación de la improductividad, de no estar haciendo nada útil. Ese vacío, esa angustia provocada por la sensación de *mirá todo lo que tengo que hacer y estoy acá al pedo* (...) sobre todo ahora lo que me pasa es eso, que vuelvo a tener la sensación que yo siento más constitutiva de mi personalidad, la sensación de que *estoy perdiendo el tiempo* (...) Y creo que en esta época de pandemia, de tantos nuevos desafíos, esta angustia es permanente (...) Pensar que estos cinco minutos podría estar resolviendo esta otra cosa. Entonces me cuesta mucho más ser consciente y hacer el esfuerzo de conseguirme un tiempo libre. Un trabajo. Lo tengo que llenar con algo. El tiempo libre no es estar tirada en el sillón. El tiempo libre es pintar una pieza (...) tiene que ser algo que yo sienta que es útil por empezar...”

Los fragmentos corresponden a personas de posiciones sociales muy diferentes pero coinciden en referir ese lidiar con el deseo que supone enfrentarse a un tiempo en el que tenemos que decidir qué hacer: en el primer caso la angustia de cómo llenarlo siendo que habitualmente se lo llena con actividades que la pandemia ha suspendido dramáticamente; en el segundo, cómo llenarlo sin sentir la angustia de la improductividad, de la inutilidad, del tiempo libre como tiempo “perdido”, es decir, reconocer esa angustia como algo no autónomo sino heterónimo.

Pero esto ocurre en algunas personas y dadas ciertas circunstancias, a la par de las cuales tenemos descripciones del tiempo libre como un tiempo agradable, en el que se hacen cosas “que hace muchísimo quería hacer” y que las rutinas y obligaciones impedían, en donde se experimentan cosas nuevas (“me estoy dedicando a cocinar”), en lo que se presenta como una armonía mucho más sencilla y espontánea entre deseos y actividades. También aquí es importante hacer jugar la variable procesual, porque lo que aparece de un modo no siempre se mantiene con el correr de la cuarentena. La misma entrevistada anterior dice lo que transcribimos sobre el vacío de un tiempo que es “todo libre”, pero después de describir con detalle la vida “acelerada” que llevaba, las secuelas físicas que le estaba produciendo (“vivía con dolor de cabeza”) y lo importante y necesario que fue “no hacer nada” para desacelerar y descansar.

Discontinuidad y proyectos

Si la experiencia del tiempo se pone en relación con la acción emerge como tema de interés lo que puede llamarse función proyectiva: la capacidad de

anticipar estados de cosas futuros para, sobre eso, planificar las propias acciones. Es un aspecto de la experiencia temporal que ha sido elaborado por algunas sociologías de la acción (Schütz, 1974; Bourdieu, 1999) y que adquiere especial interés en un contexto en donde las expectativas sobre el futuro se han trastocado significativamente.

En nuestras entrevistas tratamos de captar esta cuestión preguntando por los proyectos, anticipaciones o expectativas de la etapa inmediatamente anterior a la cuarentena, y pidiendo una descripción lo más detallada posible de lo que sucedió con ello desde entonces. La respuesta más reiterada es la de los proyectos trancos, que a veces lo son por razones objetivas (se esperaba conseguir un trabajo que ahora es virtualmente imposible) y otras parecen responder más al reposicionamiento anímico de la cuarentena, que ha modificado la jerarquía de los planes (“sí, quería [hacerlo], pero ahora... no importa mucho eso”). Una variante de esa misma posición es la de los proyectos suspendidos, que en cierto modo se mantienen pero cuya realización se ubica en un tiempo indeterminado:

“... hoy ya no estoy pensando en agosto o en noviembre, me fueron cambiando tanto la percepción de lo que va a pasar de acá a cuatro meses, con las medidas sucesivas que se fueron tomando, que... hice como una retracción, de decir, lo máximo que yo pueda avanzar hoy va a estar bien (...), pero eso no sé si significa que me reciba en agosto, en noviembre, el año que viene...”

La tercera posición es la del surgimiento de proyectos nuevos, en el sentido de que no existían antes del confinamiento y que han sido promovidos por el nuevo escenario. Omar, dueño de una empresa comercial de quince

empleados, nos contó por ejemplo que en el mes y fracción que llevaba de cuarentena al momento de la entrevista había producido grandes cambios organizativos “para sobrevivir” y había identificado ya nuevos negocios que se abren como posibilidad con la pandemia. Tiene planes concretos de poner su empresa en manos de un administrador y centrar sus energías en esos nuevos negocios. A otra escala, Pedro nos cuenta que empezó a cocinar por hobby con su mujer y que “se les ocurrió” poner un aviso para vender, lo que sorpresivamente dio lugar a “un trabajito extra los fines de semana”. Cambia aquí no sólo la escala sino la naturaleza del proyecto, pues en el caso de Omar es un cambio estratégico dentro de un proyecto global que permanece, mientras que en el de Pedro es un proyecto y un objetivo surgido al calor de la cuarentena.

Otra posición, reiterada en varias entrevistas, es el acortamiento de los plazos de los proyectos, que parece responder lógicamente a la situación de incertidumbre:

“... y quizás también como una escapatoria a cierta angustia o ansiedad que genera hoy ponerse un plazo... donde no depende para nada de uno (...) entonces digo, en lo que de mi dependa me voy a esforzar lo máximo que pueda en este escenario, y después veré cuál es el plazo posible... Se ha acortado la expectativa de cosas temporales, a un plazo más corto de qué puedo hacer...”

En lo explícito, estas cuatro posiciones se relacionan con la ruptura de la continuidad del mundo en dos aspectos principales: el tiempo que durará la cuarentena, y la dimensión y profundidad de los cambios que implicará y que

se proyectarán más allá del confinamiento. El modo en que esa discontinuidad afecta los planes varía en un amplio rango según la importancia atribuida a los proyectos (“estaba muy entusiasmada con eso, estuve mal un buen tiempo”; “pero bueno, si no se puede no se puede, listo”); varía también según se vivan los cambios como imposiciones frente a las que se puede o no hacer algo (“por mucho tiempo no voy a tener trabajo” / “hay que cambiar, como el camaleón”); y varían también en cuanto a la intensidad de la ruptura de expectativas implicada:

“... hasta ahora peligra mi sueldo... que era algo que jamás en mi vida me hubiese imaginado... saber si de acá a dos meses voy a cobrar, si voy a cobrar el sueldo completo, si voy a cobrar menos... era algo impensable... jamás me lo imaginé”.

Pero el efecto más importante de la cuarentena posiblemente sea el de un debilitamiento de la función proyectiva como tal, que no surge directamente de los discursos pero que puede suponerse siguiendo su lógica. Sigue habiendo proyectos, ciertamente, pero hay también proyectos que no vieron la luz, que no llegaron a formularse, precisamente porque la incertidumbre produce una especie de espera inactiva que es también parte de la experiencia temporal de la cuarentena.

El trabajo más difícil: imaginar el futuro

En lo anterior son los planes y expectativas de acción lo que orienta la mirada al futuro. Puesta la atención en el futuro como tal, a partir de la pregunta de cómo se imagina el escenario post-pandemia, surge de manera sistemática, en

todas las entrevistas, una notoria dificultad para articular respuestas. Casi sin excepción los discursos se inician con titubeos, frases que empiezan y no terminan, palabras sueltas y, en algunos casos, con el reconocimiento explícito de la imposibilidad de responder:

“... eso me cuesta mucho más pensarlo. Hay gente que asevera como *bueno, de acá vamos a salir...* (...) y miro a esa gente y digo: *de dónde tenés una certeza para decir algo así* (...) siendo que en poco más de cuarenta días pasó todo lo que pasó, me cuesta pensar...”

En términos cualitativos las descripciones que predominan son genéricas y relativamente vagas, respecto de su densidad de hechos o fenómenos incluidos en la representación, de la extensión o amplitud con que se los describe, del grado de estructuración lógica con que se presentan, de la viveza y precisión de las descripciones, y finalmente de la localización del futuro en la línea temporal (4).

“Yo creo que no vamos a ser los mismos, se va a actuar de otra manera... esto nos va a dejar muchas enseñanzas. Ha sido muy doloroso, hay mucha gente que se ha ido... (...) yo creo que como personas, como humanidad, cambió un montón. Y ojalá que sea así porque tiene que ser para bien. Esto nos tiene que servir para cambiar un poco... me parece”.

De ahí que uno de los rasgos recurrentes de las descripciones sea la circunscripción a ámbitos restringidos de la vida social, una representación del futuro acotada a los temas y contextos que los entrevistados conocen: la

facultad y la vida universitaria en el caso de un estudiante, las cuestiones laborales más próximas al tipo de actividad que se realiza, en varios casos la vida familiar, como tal y en general e incluso de la familia propia (“vamos a dimensionar las cosas simples, la juntada, el contacto”). De ahí también que el futuro se imagine como continuidad de un presente que ya se conoce:

“... el tema del delivery, es algo muy cómodo que acá en Argentina, antes de la cuarentena, estaba empezando... yo creo que el tema del delivery ya ahora arrasó con todo para quedarse. Yo no creo que cuando abran todos los comercios la gente vaya de nuevo a comprar en el negocio, no por miedo al virus, sino por una comodidad, se está acostumbrando (...) El e-commerce está creciendo, la gente se está acostumbrando (...) Tendíamos a eso, pero ahora se aceleró...”

Y de ahí también que en varias de las entrevistas la imaginación del futuro deje su lugar a la manifestación de deseos, a veces de hecho y a veces de manera explícita (“más que de lo que va a pasar, te puedo hablar de lo que me gustaría que pase”). Y de ahí finalmente que otra recurrencia sea el posicionamiento genérico frente a ciertos discursos que enfatizan el optimismo o el pesimismo:

“Me cuesta mucho ser optimista... hay muchos que dicen... *ahora vamos a tomar consciencia...*yo no sé... no creo que tomemos consciencia de nada”

La conjetura más obvia para explicar esta pobreza relativa reside en la desproporción entre la novedad y radicalidad del fenómeno y los recursos analíticos e imaginativos que las personas tienen a disposición. Simplemente,

como dice uno de los entrevistados, jamás de vivió nada igual. Pero también hay que invocar de nuevo la cuestión de las disposiciones y del modo en que promueven o no un interés por el futuro como tal. Más ampliamente, se puede conjeturar también lo que muchos analistas plantean como tendencia de época, el cambio de la relación con el futuro a partir del crecimiento de la contingencia y de la complejidad social y a partir del retroceso de las narrativas vinculadas al progreso. Todo esto forma parte posiblemente de una definición del futuro que la pandemia agrava en su limitación y precariedad.

Conclusiones

Puesto que el trabajo que realizamos es acotado las conclusiones no pueden pasar de conjeturas respecto de temas que merecen un tratamiento más detallado. Nos limitamos a continuación a enumerarlos.

El primero surge de la duración indeterminada del confinamiento, vivida con angustia por varios entrevistados y que identificamos como un rasgo importante de la fijación de la cuarentena en tanto etapa (apartado 3). El tema trae a la memoria una noción acuñada por Merton, la de “duraciones esperadas socialmente”, definidas como “un tipo fundamental de expectativas estereotipadas que enlazan las estructuras sociales con las acciones individuales” (Merton, 1992: 281). El confinamiento es un caso extraordinario por lo extremo de ruptura de duraciones esperadas socialmente, pues altera las expectativas estereotipadas de una cantidad inmensa de interacciones e instituciones sociales. Si seguimos a Merton hay que enfatizar lo que ello implica en términos de orden social, una suerte de entropía tendencial de las acciones respecto de (por lo menos algunas) estructuras sociales. Pero podemos agregar a ello los temas que la tradición funcionalista capta con

menos eficacia, los referidos al poder y a las oportunidades que ofrece al poder una situación de entropía, y también, aunque resulten menos visibles, las que ofrecen a las formas de resistencia. En una palabra, si la ruptura de las duraciones esperadas se vincula con el orden social, se vincula también con el cambio y con la política, de una variedad de maneras cuya indagación supone trascender el plano micro y subjetivo de nuestro análisis.

Una segunda cuestión se refiere a la reflexión sobre el tiempo, que abordamos en el apartado 5 y que apareció nuevamente, referida a un aspecto más restringido, a propósito del tiempo libre (apartado 10). La intuición que dio impulso inicial a nuestro trabajo es que la ruptura abre un escenario revulsivo en el que la atención al tiempo, como aspecto que atraviesa vitalmente todas las prácticas, se vuelve menos improbable. La cuestión que queda abierta es la de en qué consiste específicamente esa reflexividad temporal, cuáles son sus condiciones de posibilidad, y cuáles podrían ser sus consecuencias, en el plano subjetivo personal en que nos situamos pero también en un plano colectivo. Hay al respecto una frase de Hartmut Rosa, discutible en su verdad empírica, pero valiosa en términos conceptuales, que dice que “el tiempo, hasta ahora, se encuentra más allá del alcance de la política” (Rosa, 2016: 116), en el sentido de que las pautas que rigen nuestra relación con el tiempo no han sido elaboradas en procedimientos democráticos de consenso, sino impuestas por lógicas estructurales automáticas. Una ruptura tan amplia de los regímenes temporales como el del confinamiento efectivamente puede tomarse como revulsivo frente a ese silencio y esa heteronomía social. Pero la mínima información que suministran las entrevistas muestran la enorme distancia que existe entre esa ruptura y el desencadenamiento de la reflexión y la crítica, mostrando también algo de sus razones profundas: pensar el tiempo es pensar

internalizaciones normativas (apartado 8), es pensar lazos primarios naturalizados (9), y es pensar el propio deseo (10).

En un orden distinto, la relación entre tiempo público y tiempo privado, y entre los tiempos y los espacios, emerge como un aspecto importante de la experiencia del tiempo en general y de lo que implica su modificación en confinamiento en particular. Lo que dijimos en los apartados 6 y 7 es que la experiencia corriente del tiempo asocia tiempos con lugares, es inseparable de regímenes de tiempo/lugar, y establece continuamente una relación entre tiempo privado y tiempo público, tiempo del adentro y tiempo del afuera. Lo que hace el confinamiento es desestructurar esa relación y exigir su reconfiguración total o parcial, lo que implica experimentarla por defecto, mediante las consecuencias de su falta. El tema merece atención teórica pero no sólo por sí mismo, sino por su relación con tendencias estructurales en curso, a la privatización individualista por un lado, y a la mediatización de todo tipo de relación por otro. También en este plano lo que implica en términos de experiencia temporal singular debiera conectarse con variables estructurales macro sociales.

Por último, está el paquete temático que puede englobarse como “relación con el futuro”. La pandemia y el confinamiento puede decirse que agudizan y extreman algo que ha sido elaborado por muchos diagnósticos desde hace unas décadas, a saber, lo que implica en términos de futuro la desarticulación de las narrativas modernas del progreso y la utopía y la radicalización de la complejidad y la contingencia de las sociedades (i. e. Luhmann, 1991). Nuestro análisis sugiere que efectivamente imaginar el futuro se ha vuelto una tarea difícil y en algunos aspectos imposible, pero lo que queda por dilucidar es qué y

cuánto ha agregado la pandemia y el confinamiento a esa específica y fundamental dimensión contemporánea de la experiencia del tiempo.

Notas

(1) El guión incluyó siete bloques de preguntas: las rutinas previas a la cuarentena y de cuarentena; las actividades laborales en confinamiento; el tiempo libre/liberado en/durante la cuarentena; el uso de las tecnologías de comunicación; la coordinación de tiempos de los miembros del grupo doméstico; los proyectos y las expectativas; el futuro post cuarentena y post pandemia.

(2) El encuadre general de nuestro trabajo es el de la llamada “sociología del tiempo” (Bergman, 1992; Pronovost, 1989). La hipótesis básica de ese campo de estudios es que existe una correspondencia entre estructuras sociales y estructuras temporales, que puede apreciarse en los niveles macro, meso y micro sociales y eventualmente en su articulación, tanto en el plano objetivo como en el subjetivo. En esta investigación nos limitamos al plano micro y a la dimensión subjetiva.

(3) Véase por ejemplo la charla de Darío Sztajnszrajber en la Universidad Nacional de Hurlingham (<http://www.unahur.edu.ar/es/clase-de-dario-sztajnszrajber-pensar-la-cuarentena>).

(4) Tomamos de Ramos Torre (2017: 6) estas cinco variables descriptivas de toda representación del futuro (densidad, extensión, estructuración lógica, viveza/precisión y localización).

Referencias bibliográficas

- Bergman, W. (1992). The Problem of Time in Sociology: An Overview of the Literature on the State of Theory and Research on the "Sociology of Time". *Time & Society*, Vol. 0, nº 1, 81-134.
- Bourdieu, P. (1999). El tiempo, el ser social y el sentido de la existencia. En P. Bourdieu, *Meditaciones pascalianas* (pp. 273-323). Barcelona, Anagrama.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Garfinkel, H. (2006). *Estudios de etnometodología*. México: Anhorpos.
- Goffman, E. *Frame Analysis. Los marcos sociales de la experiencia*. Madrid: CIS.
- Lahire, B. (2004). *El hombre plural: los resortes de la acción*. Barcelona: Bellaterra.
- Luhmann, Niklas (1992). El futuro no puede empezar: estructuras temporales de la sociedad moderna. En R. Ramos Torre (ed.). *Tiempo y sociedad* (pp. 161-182). Madrid: CIS.
- Merton, R. (1992). Las duraciones esperadas socialmente: un estudio de caso sobre la formación de conceptos en sociología. En R. Ramos Torre (ed.). *Tiempo y sociedad* (pp. 275-306). Madrid: CIS.
- Pronovost, G. (1989). The Diversity of Social Time: the Role of Institutions. *Current Sociology*, nº 37, 37-62
- Ramos Torre, R. (2017). Futuros sociales en tiempos de crisis. *Arbor*, Vol. 193-784, 1-14
- Rosa, H. (2016). *Aceleración y alienación. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Buenos Aires: Katz.

Schütz, A. (1974). Tiresias, o nuestro conocimiento de sucesos futuros. En A. Schütz. *Estudios sobre teoría social* (pp-255-269). Buenos Aires: Amorrortu.

Valencia García, Guadalupe (2007). *Entre Cronos y Kairós: las formas del tiempo sociohistórico*. México: UNAM/Anthropos

Zerubavel, E. (2009). "Tiempo privado y tiempo público". *Acta Sociológica*, nº49, 15-47.